

Memoria y celebraciones de la guerra

El ser humano es por lo general mezquino, envidioso y distorsionador de la realidad. Ningún pueblo ni colectividad puede cambiar su pasado, pero todo el mundo puede contarlo al revés. Y es que como dijo Oscar Wilde: *El único encanto del pasado consiste en que es pasado. Por lo mismo, querer hacer que aquello que ha pasado vuelva a ser, es siempre una equivocación.*

Lo más sorprendente del pasado, si se repitiera, sería comprobar que nada es igual a cómo nos lo cuentan. Esa es la pura realidad de la Historia con mayúscula y de las historias con minúscula. El mito de las conmemoraciones, tan de moda hoy y siempre, se basa en la memoria selectiva de los pueblos y en las celebraciones correspondientes. Para entender lo acontecido y lo que desgraciadamente acontecerá hemos de tener siempre presente lo que dijo Stephan Zweig: *Nuestro orden social no descansa en la fraternidad, sino en la brutalidad y el dominio de unos sobre otros.*

La mayoría de las veces hemos sublimado el pasado y nos hemos alejado de las leyes naturales para justificar las cosas más aberrantes. La verdad es que la moral no es más que las leyes que los hombres deben imponerse si desean sobrevivir como individuos y como especie. Si bien la enfermedad de las clases ilustradas en todos los tiempos ha sido y es la total indiferencia ante los problemas morales. Sólo se han preocupado de los problemas políticos, económicos, de su propio ego y de dejar constancia de que han existido; no es casual que los miembros más destacados de estas clases ilustradas casi nunca han creído en la vida perdurable, pero sí en su propia inmortalidad.

Hoy para los políticos carentes de perspectiva histórica y de cultura antropológica, ya se han superado ya muchos de los males ancestrales de la humanidad. Mentira total que se basa en la necesidad del ser humano, si bien podemos añadir que el mundo es bueno, pero a condición de mirarlo en conjunto y sin reparar en los detalles. En la mayoría de los recuerdos históricos, que celebramos cuando se trata de alguna victoria sobre los otros, no tenemos en cuenta que como dice un proverbio chino: *una cucharada de suerte vale más que un barril de sabiduría.* Y es que la gloria de los hombres se ha de medir siempre por los medios de que se han servido para obtenerla.

El hombre siempre ha querido dejar constancia de las victorias sobre sus enemigos, o celebrar con fastos de la más diversa índole los hechos que satisfacen su ego personal o la idiosincrasia colectiva. Los faraones mandaban

erigir altivos obeliscos en donde se hacían constar sus victorias, generalmente situados en medio de los más monumentales templos, que conectaban de esa manera la vanidad terrenal con el más allá.

Los griegos más racionales, pero no menos vanidosos, al lograr una victoria erigían un trofeo con las armas, estandartes y escudos de los vencidos, que se convertían en un monumento conmemorativo de carácter temporal, ya que al cabo de unos meses o como máximo de unos años había desaparecido víctima de los elementos de la naturaleza o de la rapacidad humana.

Para nuestro todavía vigente modelo de civilización occidental, Roma será la gran maestra en perpetuar con pompa y monumentalidad sus victorias y glorias terrenales. Arcos de triunfo, columnas conmemorativas quieren perpetuar aún hoy en día victorias más o menos importantes o efímeras de un Imperio, que como todos acabaron sucumbiendo a la dura realidad del tiempo, de las nuevas circunstancias de su propia autoestima y de la sempiterna corrupción.

Las conmemoraciones y la memoria histórica tal como la entendemos hoy, son una herencia romana tamizada por el espíritu del barroco, la grandiosidad efímera del cesarismo napoleónico y, por la nostalgia del romanticismo decimonónico de ver en el pasado y en el exotismo de lo lejano e imaginado los ideales de belleza, la grandeza perdida y la exaltación patriótica que interesa en cada momento a los que ejercen el poder.

Un clásico del pensamiento nacionalista, Ernest Renan, escribió que el nacionalismo era el producto de los mitos que una colectividad creaba acerca de su pasado hasta tal punto que el progreso de la Historia podía llegar a ser un grave inconveniente para la subsistencia de una nación.

Tanto influyó e influye la época medieval, sin contar con los países que todavía viven todavía en ella. Que muchos pueblos, sobre todo los que tuvieron su imperio o pretendida época de esplendor en dichos tiempos, no dejan de suspirar por un retorno al pasado, pasado que ellos entienden como su momento de mayor apogeo. Muchos integristas y fanatismos, la gran mayoría de los sueños nacionalistas son fruto del legado de la Edad Media reinventada, que en estos casos no se mira con desprecio de época bárbara, sino como espejo que se quiere reprimar, olvidándose que aquel apogeo, como cualquier otro, incluido el de hoy, fue frágil, y condujo a soluciones que hoy se pretenden soslayar o por lo menos olvidar. Y es que todo cambia excepto la perduración del mito irrealizado y por si mismo irrealizable, ya que si se hubiese podido realizar hubiera dejado de existir como tal.

Refiriéndonos a la celebración y recuerdo de las grandes batallas, la mayoría de ellas tienen un componente romántico de carácter reivindicativo, ya que recordar una batalla que supuso el final de la propia soberanía o la consolidación de ella en el ideario colectivo, es normalmente en el primer

caso una celebración nostálgica-plañidera-reivindicativa; en el segundo de los casos se trata de una celebración nostálgica-pletórica-afirmativa.

Ni una ni otra se ajustan a la realidad, ya que todo depende del lugar en que uno se encuentre situado, y en ambos casos se cercena, oculta o disimula la verdad completa de lo que sucedió, unas veces por ignorancia, otras por tergiversación y otras por intereses propios.

En junio del 2007 me encontraba en pleno corazón de la gran Hungría histórica, en Pecs y a las doce del mediodía las campanas de la catedral y de todas las iglesias sonaron a fiesta. Pregunté que se celebraba y se dio como respuesta la victoria que los húngaros tuvieron sobre los turcos en Belgrado al lograra defender heroicamente la ciudad, llamada por entonces “la muralla de la cristiandad”, del duro asedio de 1456.

El Papa Pío II concedió el privilegio que todas las iglesias del reino de Hungría tocasen a gloria a la hora del Ángelus para celebrar tan sonada victoria. El tiempo ha pasado y las circunstancias han cambiado mucho desde entonces, pero para la actual Hungría, resurgida después de la caída del muro de Berlín, el sonar de las campanas de todas sus iglesias cada día al mediodía, les retrotrae a los días de su mayor gloria y expansión territorial. Belgrado era una ciudad húngara y su ejército el bastión de occidente frente al enemigo otomano. Un privilegio, un cambio total de dominio territorial en la zona en los últimos cuatrocientos años, pero una batalla que les recuerda días de gloria de un pasado que no pudo perdurar ante el devenir de la Historia.

Nos hemos reunido para recordar la batalla de Aljubarrota que supuso en 1386 la consolidación definitiva del reino de Portugal frente a las aspiraciones del reino de Castilla y León. No voy a hablar de esta batalla en concreto sino, como la memoria de los pueblos, en general, ha celebrado de una manera unas victorias e incluso algunas derrotas. Porque señores hay colectividades que se deleitan con las derrotas sufridas, como los serbios, los catalanes e incluso los castellanos con su fiesta de Villalar, sublimándolas de tal manera que las han convertido en su día nacional. Es quizás fruto de un hecho que Chesterton definió de la siguiente manera:

Desde la aurora del hombre todas las naciones han tenido gobierno y todas se han avergonzado de sus gobiernos.

Quizás para tapar los continuados errores que condujeron a aquellas derrotas se celebran como victorias con el paso del tiempo, sobre todo después del virus del romanticismo, que hizo de la Edad Media una época dorada para muchos pueblos europeos, obviamente sin profundizar demasiado en sus momentos que se dicen gloriosos.

Pero analicemos algunas batallas y como se vieron y como se ven.

Una de las batallas más importantes para la historia de Cataluña y de la llamada Corona de Aragón es sin duda alguna la de Muret de 1213. En ella

se perdieron lo que se llama hoy el Imperio Occitano de la Casa condal de Barcelona y real de Aragón; imperio que por otra parte nunca existió como tal, ya que sólo fue un entramado de relaciones e intereses feudales que había tejido laboriosamente con el tiempo la casa condal de Barcelona en el Mediodía de las antiguas Galias. El desenlace de esta batalla que costó la vida al propio rey Pedro el Católico de Aragón, fue para los señores occitanos una derrota y el principio de una nueva situación política; para los cruzados dirigidos por Simón de Montfort un milagro y una victoria casi total; para los catalano-aragoneses un verdadero desastre y el punto final de una etapa. El papado y la monarquía francesa interpretaron la victoria como la expresión de la “voluntad de Dios” ya que ponía el Languedoc bajo dominio francés, mientras que para los catalanes suponía la pérdida del sueño occitano, que el tiempo y la similitud de la lengua occitana a la catalana se encargarían de crear una idealizada e irreal patria común perdida tras la batalla.

La memoria histórica de los protagonistas de la batalla de Muret dice que en la época la imagen del rey Pedro el Católico gozó de gran prestigio, mientras que su figura fue menospreciada por la historiografía posterior. Martín Alvira ha estudiado detalladamente y de manera casi definitiva el valor de esta batalla en su magnífica obra *El jueves de Muret*¹.

La negativa imagen historiográfica de Pedro el Católico contrasta con la opinión que de él tuvieron sus coetáneos. Una serie de virtudes, totalmente exageradas, rodeó en la época la figura de Pedro II de Aragón, seguramente gracias a la sublimación de un hecho que se pretendía no darle tanta importancia, como después se demostró tuvo. Se insiste en el gusto y amor por las letras que heredó de su padre Alfonso el Trovador, a la vez que se le presenta como un hombre corpulento y bien formado: *dotatus super alios reges pulchritudine. El autor de los Gesta Comitum Barcinonensium et Reges Aragonensium* le considera un monarca excepcional por algunas de sus virtudes como, *probitate, largitate, militia, liberalitate preprolebat*².

A finales del s. XIII, el cronista Bernat Desclot mantuvo y reprodujo esta buena imagen: *Aquest rei En Pere d’Aragó fo molt noble rei, e bon cavaller e prous d’armes e era senor de tot Carcassès, e de Bederès tro a Montpellier e marquès de Provensa*³.

Todas las fuentes medievales, especialmente las literarias trovadorescas elogian al monarca en función de criterios de ética caballeresca. El cultivo de sus virtudes específicas – *la cortesía y la largueza* – son las que sitúan a Pedro el Católico por encima del resto de los reyes hispano-cristianos de su época.

¹ Ediciones Universitat de Barcelona, 2002, p. 716. Es la segunda parte de su tesis doctoral que compara y analiza las batallas de las Navas de Tolosa y Muret.

² I, p. 18; y III p. 53. Ed. Latino-catalana I. Barrau-Dihigo y J. Massó Torrents, *Chroniques catalanes*, II, Barcelona, 1925.

³ Desclot, cap. IV, p. 408. ed. Cat. F. Soldevila, *Les Quatre Grans Cròniques*, Barcelona, Selecta, 1971.

Pedro II el Católico había demostrado su valía y coraje en la batalla de las Navas de Tolosa y un año después caía, según estas fuentes, como un héroe de leyenda en los campos de Muret.

Además de *rey cortés* y *rey caballero*, las fuentes del siglo XIII presentan a este monarca como una persona de generosidad casi ilimitada. Cosa que se puede constatar por la nefasta situación económica en que quedaron sus territorios patrimoniales tras el desastre de Muret. No hay que olvidar que en una cultura de ostentación y de alarde, como era la del mundo feudal, la generosidad, o sea la largueza, era uno de los componentes esenciales del buen caballero y del buen señor. Pero esta generosidad rayana en el despilfarro es reprochada por su propio hijo, Jaime I, en su Crónica⁴.

Pedro el Católico se convirtió en el campeón mítico de la causa occitana entre las poblaciones acosadas por la guerra y la nobleza desposeída por los cruzados, y su buen recuerdo aumentó de manera proporcional a las consecuencias que reportaba la continuidad de la Cruzada en Occitania.

Pero la corriente de opinión que justificó los hechos y la figura de Pedro el Católico en tierras occitanas sólo alcanzó a una parte de la cristiandad, en concreto, a las crónicas de la Corona de Aragón, a algunas composiciones de los trovadores, a la historiografía “oficial” castellano-leonesa y a unos pocos autores franceses.

Para las demás fuentes contemporáneas, casi todas proclives al triunfo de la Cruzada, su alianza con los nobles occitanos mereció no solamente una abierta censura sino también una dura condena. Para estos autores, los argumentos apoyados en el derecho feudal – la defensa de familiares y vasallos frente a otro vasallo rebelde – carecían de validez, pues lo importante desde la perspectiva religiosa que exigía la eliminación del catarismo, era que los cómplices de herejía carecieran de toda ayuda. La protección a un fautor de herejes convertía automáticamente a su señor en cómplice de la misma. Estas fuentes llaman a Pedro II *rey bribón e hipócrita, que respondió falsamente que cumpliría voluntariamente todas las órdenes de Soberano Pontífice*⁵.

En realidad las fuentes del campo cruzado contemplaron este indigno comportamiento de Pedro II como la expresión externa de sus graves pecados. El más importante fue, sin duda, la Soberbia. Todas estas fuentes hacen referencia a la desmedida confianza del rey de Aragón como fruto de su soberbia, pecado que ofendía gravemente a Dios. La mayoría de los cronistas del bando cruzado combinaron la soberbia del rey con la codicia, la felonía y la imprudencia creando con ello una imagen muy negativa del rey. Si a todo

⁴ “E tota la renda que nostre pare havia en Aragó e en Catalunya era empenyonada tro al jueus e als sarrains, e encara los honors, que eren setcentes caballeries en aquells temps e nostre pare lo Rey En Pere havia-les donades e venudes de CXXX enfora...” Crónica, cap. 6, p. 5.

⁵ Pierre des Vaux-de-Cernay, *Historia Albigensis*, pp.138-158, ed. P. Guébin y E. Lyon, 3 vols., París, 1926-1939.

ello añadimos la fama que el soberano tenía de libertino y mujeriego no nos es de extrañar que su derrota fue fruto de sus muchos pecados.

Frente a la figura de Pedro II el Católico aparece la de Simón de Montfort, conde de Leicester, como campeón de la Cruzada que concentra en su persona todas las virtudes feudales y lo presentan como un caballero modélico. Hasta 1216, Simón de Montfort fue el artífice de una sucesión de victorias difícilmente imaginables al comienzo de la Cruzada Albigense. La primera reacción ante esta realidad fue común en casi todos los autores de la época. Sus excepcionales y continuados triunfos se debieron a la ayuda milagrosa de Dios; por eso aparece citado como un verdadero *miles Christi*.

Sin embargo Simón de Montfort generó otra imagen totalmente opuesta. Se trata de una visión minoritaria, sólo perceptible en autores vinculados a los derrotados en Muret. Estos autores hispano-occitanos construyeron sus imágenes a partir de argumentos derivados únicamente del conflicto de intereses político-territoriales que latía bajo la lucha contra la herejía. Para ellos, Simón de Montfort fue el primer responsable de la batalla de Muret, un enfrentamiento entre cristianos no deseado, pero inevitable por su culpa. Se le tacha de vasallo felón y usurpador, de destructor, cruel y extremadamente orgulloso.

La muerte de Simón de Montfort ocurrida el 25 de junio de 1218 en el Gran asedio de Toulouse supuso para los occitanos la muerte del peor de los enemigos y fue tenida por un milagro. La venganza de Dios cayó sobre él porque muere súbitamente, sin recibir confesión ni penitencia. Mientras que para los cruzados su final fue el ideal para un cristiano ejemplar: nada mejor para culminar una vida que una muerte santa. Se elaboró una santificada muerte martirial de Simón de Montfort que se extendió rápidamente y, sumada al recuerdo glorioso de Muret, fue decisiva a la hora de culminar la construcción de un auténtico mito cristiano del siglo XIII.

Una parte importante del simbolismo de la batalla reside en sus consecuencias a largo plazo. Esta significación trascendente deriva de la tendencia natural de la raza humana a considerar que cada guerra importante termina una época y abre otra nueva. A lo largo de la historia, cronistas e historiadores han sido los principales responsables y promotores de esa sensación, ya sea por pura percepción personal, ya por un partidismo ligado a las fuerzas en conflicto.

Hoy el catarismo está de moda, no como práctica religiosa, sino como símbolo de unos perdedores a los que se identifica erróneamente con las libertades occitanas. Las rutas de los cátaros llamadas en Cataluña *els camins del bons homens* sirven más para promoción turística y para la venta de una serie de productos que se suponen fabricaban los cátaros, mas que para recordar una derrota que ha quedado para ciertos colectivos, imbuidos de

romanticismo, como la pérdida de un Imperio catalano-occitano, que por otra parte nunca existió. La verdad es que la historia de los derrotados levanta siempre más simpatías, exceptuando contados casos, que la de los vencedores. Quizás no somos conscientes de que la historia no se puede volver a rescribir, sino es únicamente en nuestros deseos imaginarios. Y si la analizamos profundamente veremos que si la victoria hubiese sido a la inversa, con el tiempo estaríamos igual hubiese quien hubiese vencido. La ventaja del tiempo es que todo lo borra y devora cual Cronos mitológico. Hoy en día nadie se acuerda en Kadesh, excepto una minoría de especialistas y estudiosos, de la gran batalla que ocurrió a orillas del río Orontes en la actual Siria, entre los hititas y los egipcios. En aquel momento la batalla fue decisiva para el equilibrio político en el Próximo Oriente de la Antigüedad. Hoy los dos imperios contendientes han desaparecido hace milenios y los que allí murieron en su momento fueron las únicas víctimas de la codicia humana.

Las batallas que podríamos elegir para ilustrar esta intervención son múltiples y ambivalentes en todo el planeta. Hace poco se ha celebrado el segundo centenario del levantamiento popular del 2 de mayo de 1808 contra los invasores napoleónicos. En muchas partes de España se han hecho conmemoraciones, mientras que en otras se han ocultado a los propios héroes locales en aras de ciertos intereses políticos coyunturales. Y es que a veces morir por un ideal sólo tiene sentido en un momento determinado, con el tiempo hasta te pueden considerar ridículo o corto de miras, según como haya ido el devenir histórico.

La batalla de Kossovo, o mejor dicho las batallas de Kossovo han servido en las últimas décadas para justificar crueles intervenciones bélicas. En esta llanura entre Macedonia, Albania y Montenegro en donde las tropas otomanas obtuvieron una gran victoria sobre un ejército de serbios y búlgaros el 20 de junio de 1389 se liquidó la independencia del reino de Serbia, a pesar de que en ella murió el sultán Murad I. En 1448, Murad II venció en el mismo lugar al ejército húngaro del rey Juan Hunyadi.

La primera batalla de Kossovo pretende con su conmemoración y recuerdo aglutinar a todos los serbios en torno a un pasado común, cuando no fue más que el resultado de un momento y el final de un proceso que los propios serbios no vislumbraron y, que en gran medida ayudaron a que así sucediera. El recuerdo mitificado intenta aglutinar y ocultar errores, y la justificación no es entre víctimas e invasores, o sea entre buenos y malos; si no fruto de una compleja evolución que a veces se remonta a siglos atrás, y se manifiesta en la defensa de los intereses particulares en cada momento histórico, o sea de los intereses de los señores de la guerra, o de los que viven de sus réditos históricos.

Caso por antonomasia de este tipo es el de los almogávares y sus triunfos como gloria de un país, aunque hoy en día hayan sido un poco olvidados. Después del colapso de los turcos selyuqíes de Rum o Iconium, numerosas tribus turcas se habían puesto en movimiento hacia occidente – Persia, Asia Menor –, a causa de las invasiones mongolas. Entre estos nómadas hubo un clan al mando de Ertogrül, muerto en 1281, que se estableció en torno a Dorilea en Bitinia, a la vez que se ampliaba con la incorporación de otras bandas erráticas turcas. Estos turcos ocuparon varias islas próximas a la costa anatólica, a la vez que Osmán, hijo de Ertogrül, vencía a las tropas imperiales bizantinas en Nicea el 1301.

Los emperadores bizantinos tuvieron que valerse de soldados de fortuna y aventureros, que como los almogávares, habían quedado libres de compromisos desde 1302 la haber finalizado sus campañas en Sicilia, al ser reconocido por el papado dicho reino como dominio temporal de Federico de Aragón, hermano de Jaime II nuevo soberano titular de la Corona de Aragón⁶.

La Gran Compañía Catalana, dirigida por Roger de Flor venció en varias pequeñas batallas a los turcos osmanlíes u otomanos, pero al no recibir las pagas estipuladas su reacción fue mucho peor para el Imperio que los propios ataques turcos. Los almogávares pasaron a los Balcanes junto con una banda de turcos que se habían unido a ellos en 1308, los llamados “turcopoli”, era la primera vez que un nutrido grupo de turcos penetraba en Europa. Poco hacía suponer que antes de acabar el siglo dominarían casi todo los Balcanes y, es que la visión que del futuro se tiene en cada momento es nula o simplemente equivocada.

La caótica situación bizantina, debido a sus guerras civiles, fue aprovechada por los otomanos, que en 1326 se apoderaron de Bursa, y la convirtieron en su nueva capital.

El sucesor de Osmán, su hijo Orján (1326-1359), conquistó Nicea en 1329 y en 1337 Nicomedia, titulándose sultán. Sus éxitos radicaron en la tolerancia hacia sus nuevos súbditos cristianos, que fueron tratados fiscalmente mejor que por la insaciable administración bizantina, y no fueron molestados en sus creencias religiosas.

Mientras todo esto sucedía en el área anatólica, en la frontera norte se consolidaba el reino serbio regido por Esteban Urosh II (1281-1321), cuyo inmediato objetivo no era otro que expansionarse a costa del Imperio bizantino, sin prever nada de lo que podría suceder a medio plazo, aprovechando las luchas civiles de época de Andrónico III.

⁶ Para comprender el papel desempeñado por estos soldados de fortuna en el Mediterráneo Oriental véase Kenneth Setton, *Los catalanes en Grecia*, ed. Aymá, Barcelona, 1975.

A partir de 1331, después de destronar y asesinar a su padre Esteban Urosh III, se convirtió en rey de los serbio Esteban Urosh IV, llamado Dushan. Esta sórdida conjura familiar dio origen a un gran reinado (1331-1355) durante el cual Serbia pareció convertirse en un reino organizado y posible heredero del esplendor bizantino en el área de los Balcanes.

El enfrentamiento entre Juan Cantacuzeno y la regente Ana de Saboya durante la regencia de Juan V Paleólogo (1341-1391) permitió los avances de Esteban Dushan. En 1346 se auto tituló emperador de los serbios, tomó Belgrado a los húngaros e hizo suya la causa de Juan V Paleólogo, mientras que Juan VI Cantacuzeno compró el apoyo de Orjan a cambio de entregarle una hija para el harem del sultán otomano. De hecho en esta complicada situación interna bizantina los turcos entraron con las tropas de Juan VI Cantacuzeno en Constantinopla en 1347, y ocuparon la península de Gallípoli de modo permanente desde 1353, teniendo desde entonces la llave de los Darnadelos.

A la muerte de Esteban Dushan una serie de rebeliones en el Épiro, Tesalia y Albania dieron en buena parte al traste con su obra, a la vez que algo parecido sucedió en Bulgaria.

Ninguno de los zares balcánicos se percibió de la importancia que tenía el que los otomanos se hubiesen asentado en Gallípoli, y desde allí fuesen extendiendo poco a poco sus dominios territoriales.

El nuevo sultán, Murad I (1359-1389), segundo hijo de Orjan, se apoderó de Adrianópolis y la convirtió en un centro decisivo del poder otomano, y más tarde en su nueva capital, a la vez que ocupaba parte de Tracia y atacaba la parte de Macedonia en poder de Serbia, y a los húngaros.

El gran preludio de las derrotas en cadena que vendrían después, fue la batalla junto al río Maritza de 1371, en que Vakashin de Serbia y su hermano Uglyesha de Macedonia fueron vencidos por Murad I, hecho que supuso que toda Macedonia, excepto Tesalónica cayesen en mano otomanas. Ante esta delicada situación Juan V viaja en vano a Aviñón para lograr la ayuda de Occidente a cambio de renunciar al Cisma. En los Balcanes todavía no dominados por los turcos otomanos, Tverko de Bosnia (1358-1391) eclipsaba a Lázaro I (1331-1389) de Serbia, formando una liga balcánica contra los invasores turcos, obteniendo la victoria de Toplitsa en 1387. Ante esta inesperada derrota Murad I, más rápido y astuto que sus enemigos, sometió totalmente a los búlgaros y se enfrentó a los bosnios y a Lázaro I de Serbia en la llamada primera batalla de Kossovo (junio de 1389), en que a pesar de la muerte de Murad I, las tropas otomanas derrotaron totalmente a los serbios, bosnios y búlgaros.

El nuevo sultán, Bayaceto I, mandó matar a Lázaro I de Serbia, quedando desde entonces los serbios convertidos en vasallos del sultán, y el rey asesinado como héroe indiscutible del pueblo serbio. Ahora los límites del

imperio otomano chocaban ya con el reino de Hungría, cuyo soberano, Segismundo, se convirtió en el defensor forzado de la cristiandad.

El primer empeño de Segismundo fue reintegrar al derrotado príncipe Mircea por los turcos en sus territorios de Valaquia, a la vez que reunió un ejército cruzado en el que participaron numerosos caballeros occidentales, especialmente franceses y borgoñones bajo el mando de Juan Sin Miedo, heredero del ducado de Borgoña. Esta nueva Cruzada entró a saco en las tierras de los súbditos serbios del sultán mientras se dirigía a Nicópolis, a orillas del Danubio. Aquí el 25 de septiembre de 1396, Bayaceto les infringió una aniquiladora derrota, gracias a la deserción de Mircea de Valaquia y a la precipitación de los caballeros franceses. En esta situación el príncipe serbio vasallo del sultán, Esteban I Lazarevich, asestó a los restos del maltrecho ejército cruzado el golpe de gracia, actuando como verdadero defensor de los intereses económicos serbios, más que como heredero y vengador del asesinado rey serbio Lázaro I, su padre.

La exposición de los hechos en un amplio marco temporal deja ver con claridad que la batalla de Kossovo puede ser convertida en símbolo romántico y de identidad nacional

Serbia, pero muestra descaradamente como muchos serbios lucharon a favor de los turcos, a la vez que sus luchas de poder intestinas y enfrentamientos con Bizancio facilitaron el desenlace final. Podemos apreciar que no existió unanimidad en torno a un sentimiento nacional y menos de una idea de cristiandad, sino únicamente como siempre, un instinto de supervivencia, de conservación de patrimonios y de hacerse un hueco en el nuevo marco institucional del Imperio emergente, en este caso el Otomano.

La lejanía temporal, la mitificación de la batalla y querer encontrar raíces aglutinadoras, lleva a los pueblos a cercenar la evolución global histórica y a únicamente congelar aquello que sirve para auto justificarse.

El 27 de junio de 1458 moría en el castillo *dell'Ovo* de Nápoles Alfonso V el Magnánimo de Aragón y IV como conde de Barcelona. En Cataluña ha pasado desapercibida totalmente la figura del segundo rey Trástanara de la Corona de Aragón en el 450 aniversario de su fallecimiento. Pero en cambio nos sentimos muy orgullosos de que Nápoles pertenecería a dicha Corona gracias este monarca y después a la de Fernando el Católico. ¿Hay aquí un caso de dislexia histórica? Más cuando en Nápoles se han celebrado ya dos Congresos de Historia de la Corona de Aragón, los años 1973 y 1996 con abundante participación hispánica en general y catalana en particular, dedicados a este rey y el Mediterráneo de su época.

La conquista del reino de Nápoles fue una apuesta personal de Alfonso en Magnánimo, que conectaba perfectamente con los intereses de las burguesías catalana, valenciana y siciliana. Alfonso aprovechó la caótica situación

interna de Nápoles para apoderar de dicho reino. El esfuerzo realizado muy fue grande y el tiempo empleado para la conquista aún mayor, ya que la aventura se iniciaría en 1421 y después de un largo interludio no finalizaría hasta 1442. Más de veinte años le costó lograr su objetivo, pero su simpatía personal le granjeó la amistad del duque de Milán al que ganó para su causa, ya que firmó en él una alianza para poder apoderarse del reino de Nápoles. Después de varias batallas, finalmente fue dominando todo el reino y puso sitio a la capital en noviembre de 1441. La ciudad no cayó hasta el 2 de junio de 1442 y Alfonso hizo su entrada solemne en Nápoles el 23 de febrero 1443, al estilo de los antiguos césares, como quedó inmortalizado en el suntuoso arco de mármol que se colocó sobre la puerta del Castillo Nuevo de la ciudad. La conquista del reino de Nápoles supone la culminación de la expansión de la Corona de Aragón, tanto en el plano territorial, como cultural, ya que la corte alfonsina gozó del mecenazgo real, que se rodeó de una serie de personajes cultos y notables como Lorenzo Valla, Antonio Beccadelli el Panormita, Luis Despuig, maestre de Montesa, Pedro Sagarriga, arzobispo de Tarragona, Ximeno Pérez de Corella, el pintor Jacomart y los escultores Guillem de Sagrera y Pere Joan, entre otros muchos.

Se ve que la conquista de Nápoles es un hecho poco trascendental para algunos políticos actuales hispanos, mientras que en Nápoles se han celebrado diversos actos en honor de dicho rey. Es uno más de los misterios de las conmemoraciones, que dependen las más de las veces de cierta sensibilidad nacida por una circunstancia política propicia, más que por el valor histórico del hecho en sí.

Para finalizar me gustaría recordar la frase de Boecio: *Otra cosa no es la gloria humana que un gran rumor de viento en los oídos.*

